

propósito de esto, es de notar que, según leemos en el Evangelio, cuando le presentaban los enfermos a Nuestro Señor para que los curase, casi siempre comenzaba por expulsar de ellos la influencia diabólica, como si fuese la causa o raíz del mal que iba a curar. Evidentemente hay enfermedades que tienen otro origen; pero no puede negarse que el demonio odia a nuestros cuerpos casi tanto como a nuestras almas, a causa de haberse encarnado el Verbo, y cuando no consigue destruirlos, cáusales todos los males que puede. Por eso es de suma importancia en la vida espiritual tener muy en cuenta aquel sabio axioma: *Mens sana in corpore sano* (alma sana en cuerpo sano).

Cuando no consigue el demonio hacer cometer una falta, procura al menos impedir el bien. Un pecado venial cometido por una persona consagrada a Dios le satisface más que muchos crímenes cometidos por pecadores que él considera como suyos. ¿Quién no recuerda haber leído en la *Vida de los Padres del desierto* la historia de aquel demonio llevado en triunfo por sus camaradas por haber conseguido que un monje solitario cayese en una ligera imperfección?

Generalmente hablando, la influencia del demonio es casi más temible que la tentación caracterizada. La táctica del enemigo consiste entonces en ocultarse detrás de pensamientos que no parecen esencialmente malos. Suele inspirar una vaga tristeza, fastidio y desaliento; el alma no se da cuenta que en aquellos momentos piensa, juzga y aprecia las cosas conforme a un inspirador que no es el Espíritu Santo; y si, por desgracia, sucede que no está habituada a conocerse a sí misma, a dominar sus pasiones, muy pronto se verá arrastrada a cometer el pecado.

Se complace también el demonio en impeler a cierta clase de personas a la práctica de mortificaciones exageradas, al paso que a otras les inspira múltiples cuidados para conservar la salud. A veces falséales el juicio con peregrinas

fantasmagorías y espejismos. Por otra parte, procura sembrar a manos llenas cizaña, discordias, palabras equívocas y expresiones emponzoñadas. Y en toda esta perniciosa influencia, lo que el demonio pretende es producir la ilusión, una especie de alucinación que lleva al alma por el camino del error, haciéndole poner actos lamentables, que sin ser tal vez culpables en sí mismos pueden tener consecuencias desastrosas. Su intención es siempre impedir el bien, oponer obstáculos al desarrollo del reino de Dios, obstáculos que costará mucho apartar, haciendo perder un tiempo precioso. Siente especial complacencia el demonio en retrasar las obras de Dios, en aminorarlas y disminuirlas, y aun en anularlas y hacerlas fracasar por aquellos mismos que estaban destinados a realizarlas, los cuales, movidos y gobernados por su influencia hábil, insidiosa y capciosa, se convierten ellos mismos en destructores, sin que en rigor hayan sufrido los asaltos de una verdadera tentación diabólica, habiendo sido suficiente su perniciosa influencia, imprudentemente admitida o no enérgicamente rechazada. Es lo que el Espíritu Santo nos muestra en las siguientes palabras: «El hechizo de la vanidad y frivolidad oscurece el bien verdadero, y el inconstante ímpetu de la pasión pervierte aun los espíritus alejados del mal» (17).

Entre los enemigos diabólicos, los hay de muchas especies y de diversa potencia. Unos son menos peligrosos, que molestan solamente, como moscas impertinentes. Otros son muy peligrosos, muy tenaces y malvados, que explotan hábilmente la innata soberbia y vanidad del hombre, metiéndole en cuestiones de ciencia, de filosofía, de teología y de exégesis. Parece que son escogidos según la clase de almas a quienes han de combatir. Pero sean lo que fueren, fuertes o débiles, poderosos o incapaces, sin nuestra connivencia sólo pueden hacernos adquirir méritos y favorecer nuestra santificación, si nosotros somos «prudentes como la serpiente y sencillos como la paloma» (18).

Desafiar al infernal enemigo sin apoyarse en